

# LETRAS JÓVENES

POR UNA VIDA SIN VIOLENCIA

## PRÓLOGO

Si a usted le preguntaran qué opina de la violencia de género, posiblemente su respuesta sería que está mal, que no debe ser, que la rechaza categóricamente. Pero si en lugar de hacerle esa pregunta, le piden que invente una historia en la que una mujer vive alguna de esas violencias, es probable que usted no solamente verbalice su rechazo, sino que lo introyecte.

Los seres humanos nos condelemos cuando nos ponemos en los zapatos del otro. Ser empático significa sentir el dolor de la otra persona, sentir su pasión, como una condición que nos permite formar y hacer comunidad. La empatía, acompañada de la responsabilidad social, pilares de un alumno ignaciano, fueron las que guiaron a nuestros estudiantes durante el proceso creativo para integrar esta colección narrativa.

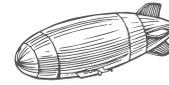
Lo que el lector tiene en sus manos es la punta del iceberg, lo que puede mirarse, la evidencia de toda una estructura formativa en la que convergen las asignaturas de Lenguaje y Literatura para la puesta en marcha de habilidades escriturales, y de Métodos y Técnicas de Investigación para la indagación de lo relativo a la violencia de género. Aquí confluyen, además, las actividades organizadas por la Universidad en torno al mes de la mujer; los proyectos de la Feria de Investigación; así como las conferencias y los procesos reflexivos de nuestra academia de Formación Ignaciana.

Esta colección de relatos en forma de versos y prosas es resultado de los esfuerzos de nuestra preparatoria por transformar realidades. Buscamos que los estudiantes amplíen su panorama y sean compasivos, para sensibilizarse e intervenir positivamente en su entorno. Este pequeño compendio es la aportación de letras jóvenes al acervo literario existente en torno a la violencia de género que –por desgracia– está creciendo; y, es muy significativo, porque refleja nítidamente nuestra pedagogía con enfoque de género.

Se puede leer como reflexiones, como narraciones o como increpaciones. Finalmente, son ficciones totalmente cercanas a la realidad, que evidencian los graves problemas que enfrentamos como comunidad. Nuestra esperanza es que esto se erradique. Nuestro aporte lo tiene el lector en sus manos.

**Alfredo Loranca Santos**

*Director de la Preparatoria IBERO Puebla  
Ciudad de Puebla, a mayo de 2020*



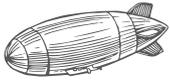
## SOY UN FANTASMA

Vianney Téllez Hernández

**S**oy un recuerdo. Me he convertido en un fantasma de la realidad que vuelve y vuelve al lugar donde di mi último suspiro, pero no siempre estoy sola. Algunas veces regresan mis asesinos con una nueva víctima, la cual tendrá el mismo destino que el mío.

Ha pasado tanto tiempo que la lista de nombres la he olvidado, pero no su sufrimiento, ni su rostro. Cada grito y lágrima está en mi memoria. Algunas de ellas han tenido la fortuna de que sus familias encuentren sus cuerpos o, al menos, lo que queda de ellos, pero no todas tienen esa suerte y sus familias aún las buscan, buscan el cuerpo a quien llorarle y llevarle flores a su tumba.

Ellas pasan por lo mismo que yo. Siempre que mis asesinos regresan con “una nueva diversión”, incrementa mi furia y coraje al saber que no puedo hacer nada y lo único que imploro es que mi memoria se honre, que no seamos una estadística, y que no queden impunes nuestras muertes. Que mi madre ya no llore, que mi padre viva tranquilo y que ninguna de nosotras sufra lo que yo viví.



## VENUS EN LA TIERRA

Ulises Palma Rivera

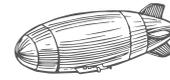
Aquí están las diosas antiguas  
diosas de la guerra, del amor, de la cosecha,  
manteniendo a flote ciudades en el fin del mundo.

Diosas de la noche y feminidad arrasadas,  
maltratadas, pero nunca muertas.  
Inmortal rebeldía en todo su ser.

Dueñas de la inteligencia y puentes entre el corazón y la mente,  
envidiadas por arquetipos masculinos.  
Impotentes llantos contra el dueño del jardín,  
flores que crecen y llaman la atención a costa del hielo fierro,  
más brillantes que el dios Apolo,  
más deslumbrantes y contundentes que el rayo del Dios Padre.

Sepulcros de musas inspiran las nuevas odiseas  
con historias de guerras sagradas.  
Escritas bajo el manto de la fertilidad y la luna.  
Mujeres poseedoras de sabiduría y rabia,  
percibidas como gorgonas, protectoras de las suyas.

Ellas traen el ocaso de los dioses,  
bajando el gran sol con sus propias manos.  
El negro se ha transformado en morado.  
El luto, en gritos amazónicos  
llamando a las diosas de la victoria y la justicia,  
proclamando su superioridad en el Olimpo.



## TENIS ROSAS

Nantzin Fernández Hernández

Llevas tu bolso en la mano izquierda y los tenis rosas que te regaló mamá, unos jeans rotos de las rodillas y una blusa que deja ver un poco la piel de tu espalda. No, no vistes provocativa, simplemente te ves bien.

Caminas unas tres cuadras, pero desde la calle anterior algo ha cambiado: tienes la fuerte sensación de que estás en peligro.

Giras la cabeza disimuladamente, como siempre te dice mamá que hagas, y atrás de ti solo hay dos hombres de mediana edad. No tienes por qué desconfiar de ellos, pero estás asustada y tampoco piensas ignorarlos.

Sigues caminando, ya no estás lejos del café donde verás a Carlos y Marina, tus dos mejores amigos. Aún así, prefieres caminar en la otra acera. Luego de un rato, vuelves a girar. Ambos sujetos siguen detrás de ti.

Entras al primer local sin fijarte siquiera en qué es lo que venden, solamente estás intentando desviar su atención. En cuanto los ves entrar, sueltas una maldición y te escondes detrás de unas telas de fieltro. Resulta que el local es de Parisina. Pero ahora ya no tienes dudas de que te siguen, ¿qué harían dos hombres de mediana edad en una tienda de telas?

Sacas tu celular y finges contestar una llamada.

-¿Hola? -saludas como si hubiera alguien del otro lado de la línea-, disculpa, sí, me distraje un poquito en el camino, pero ya voy para allá. Sí, sí, ¿qué hora dices que es?, ¡oh, cielos, sí que es tarde!

Simulas que cuelgas el teléfono y te echas a correr, como si de verdad fueras tarde a algún lado. Rezas, con todas tus fuerzas, porque Carlos y Marina ya estén ahí, pues de lo contrario, si es que aún te siguen, verán que estás desprotegida.

Entras y, gracias a los dioses, tus amigos ya están ahí. Sientes un gran alivio, ¡estás a salvo!, pero no por mucho tiempo.

Les pides una disculpa y les cuentas lo que pasó. Marina se ríe de ti.

-¿Estás segura de que te siguen? Siempre has sido paranoica.

- Caminé mucho y todo el tiempo estuvieron atrás de mí. Sí, estoy segura de que me seguían.

- ¿No es como cuando creías que tu vecino te quería asesinar?

*No importa cuánto tiempo pase, nadie olvida el incidente del vecino.* Habías pasado cerca de dos semanas jurando que corrías peligro, pero te habías equivocado. Don Pedro sólo quería preguntarte dónde compraste esos bonitos tenis de color rosa, porque quería unos para su nieta. Desde entonces, tus amigos creen que te volviste loca. De todos modos, te cambiaste de casa.



## SU NOMBRE

Sebastian Flores Méndez

No dices nada, pero su comentario te dolió. Tu mejor amiga no te cree.

-Si te sientes insegura -te dice Carlos- puedo acompañarte a casa.

Le agradeces, no podías pedir un amigo mejor.

Pasas el día con ellos y te diviertes mucho, nada parece ir mal. Como lo prometió, Carlos te acompaña a casa. En el camino vuelves a ver a los dos hombres, pero te sientes aliviada y feliz cuando ves que Carlos los saluda. Son conocidos de la iglesia, así que deben ser buenas personas, al menos inofensivas. Entrás a casa más tranquila, pues al igual que con el vecino, te equivocaste. Te vas a dormir.

Al día siguiente tu hermana te llama por teléfono. No contestas.

No hay problema, tal vez olvidaste ponerlo a cargar. Te llama al teléfono fijo, pero tampoco respondes. Seguro estás durmiendo. Te llama otras tres veces a lo largo del día y te envía mil mensajes que tampoco contestas.

Tu hermana recuerda que el día anterior fuiste con Marina, así que le llama. No han hablado desde ayer. Sospecha que estás enojada por algo que te dijo, pero después te fuiste con Carlos. Así que le llama a Carlos, pero él te dejó en tu casa y estabas bien. Tampoco has hablado con tu mamá, nadie sabe de ti. ¿Debería de reportarte desaparecida? No, mejor primero debería ir a ver si estás en casa.

Toca la puerta y no abres, pero tiene llaves y entra. Te llama por tu nombre y grita: "Hermanita, ya llegué", pero tampoco hay respuesta. Entra en la cocina, hay sangre por todo el lugar, extrajeron tus órganos y tu rostro está desfigurado. Niega con la cabeza. Esta no puedes ser tú, pero es tu casa y llevas puestos los tenis rosas que te dio mamá, ¿quién más podría ser?

Ayer, cuando dijiste que te seguían... tenías razón.

**M**i ventana tenía una vista estupenda a los terrenos de enfrente, que ni con toda su hierba crecida, lograban ocultarme tu silueta. Te esmerabas en lucir preciosa para mí. Cada mañana, a las 6:30, con tus pasos apresurados para llegar a la escuela, apareciendo justo frente a mi ventana, tan airosa contoneándote, te tiraba un beso y fingías no notarme. Después de que alegraras mi mañana también me iba a clases, soñando que algún día estudiaríamos juntos. Mi escuela era un lugar de necios pueriles. Nadie me creía cuando les contaba de tu encanto hechicero. Tenían envidia de que una chica tan bella hiciera de todo porque yo la notara. No me importaba nada. ¿Qué sabían ellos de amor si no te conocían?, bola de onanistas.

Me acosaban con sus estupideces. "¡Ya preséntala a ver si está tan buena la nalga, a ver si la rolas cabrón!", pero qué podían saber ellos de la belleza, de nosotros, de la historia que estábamos inventando con nuestra complicidad.

Estudiabas lejos porque a la salida yo llegaba en cinco minutos a la parada del autobús y ahí debía esperarte una hora más. Pero la paciencia contigo pagaba. Puntual, a las 3:15, te mostrabas presumiendo tu cabello largo y negro que soltabas frente a mí. Te gustaba agitarlo, tocarlo, invitarme con todo aquel ritual a acercarme. Pero soy tímido, y espero el momento perfecto para sellar este pacto, para que sea memorable nuestro encuentro.

Tu cuarto frente al mío, con las odiosas cortinas que podían ocultarte de día pero que nada logran al oscurecer. Con la luz que me encendías y me invitabas a imaginar tu piel apenas velada por las persianas traslúcidas, tan clara que casi podía acariciarte y sentir el calor de tu cuerpo en mi habitación.

A ti dediqué todos mis sueños y humedades, te immortalé en poemas y dibujos. Cada día, lo nuestro se repetía como una rueda de libélulas danzantes. Tú y yo sincronizando nuestro tiempo para encontrarnos en un instante fugaz como un suspiro y tan permanente como la memoria de ti entre mis manos, cuando te toco en sueños.

Por eso, no puedo creer que olvidaste decirle al juez sobre aquella mañana en que te paraste frente a mi ventana y te ajustaste la blusa ciñéndola a tus senos. Recuerdo haberte dicho que esperarás, o tal vez lo pensé, porque cuando crucé la calle ya estabas abordando el autobús. Pero volteaste a verme, estoy seguro. Así me provocaste y entendí que querías que me esforzara respondiendo a tus señales. Te mostraste para mí, que por aquellos días ya no era más que un puñado de versos para describirte. Sabía que era mi señal de entrada, el momento perfecto que esperamos.

Aguardé por ti detrás de las hierbas, haciéndome invisible porque tu timidez era igual a la mía. Pasaste cantando algo y me acerqué a escucharte, volteaste asustada y lamenté haberte tapado la boca porque de verdad quería escuchar tu preciosa voz, es solo que no quise perder el tiempo que ya nos habíamos negado y te abracé contra mí. No supe por qué abriste tanto los ojos, fue como si quisieras que me reflejara en ellos, pero me negabas tu cuerpo como si me fuera ajeno. Me dejaste ahí, sin ti, te fuiste huyendo como si no me hubieras invitado a acercarme esa mañana.

Pasaron los días y no salías sola. Yo extrañaba cada vez más tu cuerpo, tu aroma, tu coqueteo. Aunque todo en mí sabía que eras mía, porque tu cuerpo menudo y frágil me llamaba, algo en ti se rompió. Te gustaba entonces ocultarte en faldas largas, pantalones sueltos y sudaderas amplias. Dejaste de usar tu brillo de labios junto con el pelo suelto. Inventaste un juego para saber si, aún sin tus trucos para embellecerte, me gustabas y, desde luego, pasé la prueba. Mientras más te ocultabas, más seguro estaba que querías que te explorara.

Tres semanas, dos días y una hora para volver a tenerte frente a frente. Te vi trastabillar, moverte hacia el terreno baldío perdiendo el equilibrio y mal aterrizaste contra el piso, botando tus tijeras. Entonces solo pasó. Las tomé y corté un poco de tu pelo negro perfumado con olor a rosas. Me empujaste gritando para que otros nos vieran y ahí te dejé. Corrí avergonzado de nuestro amor. Lo ensuciaste, lo volviste poco digno, me heriste y me costó perdonarte la injusticia. Volví llorando a casa y por un instante creí que me usabas para levantar tu muro de hombres rendidos a tus pies como diosa en ciernes. Estaba decidido a olvidarte y solo quedarme con el recuerdo de tu vanidoso amor y el desdén en tu mirada, con tu pelo de bruma y tu aroma a rosas, pero esa noche te encontré otra vez, caminando con tu madre, alejándote a propósito de ella para poder quedarte a solas. Una vez más me provocabas con tu mustia falda larga, encareciendo tu belleza, haciéndola más deseable en la promesa de lo que velabas con ella. Tú tan altiva y yo reducido a un poeta de lo absurdo, flotando en el intento de llegar a ti. Giraste tu cuerpo quinceañero echándote a correr, tan torpemente invitándome a ir tras de ti, cual si fueras la ninfa de un bosque, y yo, fiel seguidor de tus instintos, fui detrás tuyo y te toqué. Tu madre me insultó y tú llorabas, no soportaste que lo nuestro fuera descubierto. Tu pena me hería y la vergüenza que mostrabas era la misma que sentía, y de nuestra calle solitaria me alejé corriendo.

Decidido a distanciarme por tu desdén, la frivolidad de aquel amor y tus volubles tratos, me alejé de la ventana. El día que te encontré en la papelería fue fortuito, ya no te buscaba, pero ibas custodiada por tu tío y él se vino

sobre mí a golpes. Todos esos insultos porque según mi pecado era querer estar contigo. No le dijiste nada de cómo tú me provocaste. Callaste cuando el agente preguntó cómo nos conocimos y no contaste nada sobre ti, desnudándote tras las cortinas, nada sobre aquella mañana en que te ajustaste la blusa y volteaste a verme, nada sobre esa danza creada para dos que se amaron sin poder nombrarse.

Todos en el juzgado atendieron mi punto, claro que me conocías, era obvio que solo podía saber de tus horarios porque era tu vecino de la calle de atrás, yo no te acosaba. Qué sucia manera de jugar la tuya. Llamaste a mis caricias manoseos y la gente te reprochó por ello. Tu pobre respuesta era ridícula, si tú no querías que te tocara ¿qué hacías sola todas esas veces en tu calle solitaria? Si de verdad era cierto que tú no deseabas mis caricias ¿por qué nunca me dijiste “no”? En cambio, corrías invitándome a ese juego que inventaste para nosotros. Alegaste que tu llanto y los gritos suplicantes eran una forma de pedir que te ayudaran, pero que nadie se acercó. Me hubiera gustado poder preguntarte ¿quién crees que se hubiera atrevido a interrumpir un simple pleito entre dos enamorados?

Los opinólogos públicos me dieron la razón. En los pocos medios que se habló lo nuestro, dijeron que yo no era más que un muchacho tímido y buen estudiante; así que, por qué entonces, querría acosarte, no eras tan bonita según ellos. Preguntaban: qué hacías tú paseando frente a mi ventana, qué hacías tú saliendo sola a la calle si no querías que me acercara, por qué no gritaste más fuerte cuando te tocaba. Era obvio preguntar ¿dónde estaban los que decían cuidarte? y ¿tu madre? De nada sirvió tu engaño sobre que usabas faldas largas, sudaderas amplias, si bien sabíamos que tu manera de moverte delataba a tu cuerpo, pidiendo ser notado. El juez me dio la razón, yo también era menor de edad y tú no sólo intentabas ridiculizar mi amor, también querías destruirme, pero él te lo impidió. Cuando me preguntaron, dije que sólo me acerqué porque quise saber tu nombre y que todo lo demás pasó porque tú quisiste.

Ya no puedo acercarme a ti. Los terrenos baldíos al lado de tu hogar, muy pronto se convertirán en casas. Te han llevado lejos de lo nuestro, con mi amor destrozado y tu reputación hecha trizas. Solo queda de nosotros esta historia agridulce y el mechón de tu pelo como bruma, al que aún perfumo con el agua de rosas humedeciéndome en tu honor. Sé que pronto volverás a buscarme. Te veré contoneándote frente a mi ventana. Mientras tanto, te veo un poco en cada paseante de la calle y un día, quizá, me inviten a tocarles como tú lo hiciste, ninfa de bosque de espinas.



## SI NO LO HAGO YO

Claudia Sofía Hernández Campos

“Seguro ella lo hizo.” “No dudo que le hizo un berrinche.” “Apuesto que dijo algo que no debía”. Por cada calle que paso, escucho a las personas murmurar cosas que la culpan. Desde que su caso salió a la luz, no se ha salvado de mil y un comentarios sobre lo que causó su muerte.

Camino a casa abrazando mi cuerpo. Al llegar a la parada del autobús, me quito el suéter y lo amarro a mi cintura. A lo largo del tiempo, he aprendido que cuando uso una falda corta debo cubrirme, a no ser que quiera que me toquen. En la escuela me dicen que, si sigo usándolas, algún día terminaré violada. A veces llevo doble suéter: uno para cubrir mi cuerpo y otro para cubrir mis piernas. En época de calor es imposible usar pantalón.

Subo al autobús. Al ver un asiento junto a la ventana voy a él para sentarme. Decido ponerme los audífonos. La música del chofer no es de mi agrado.

Tres paradas después, sube un anciano. Los asientos y el pasillo están llenos y él me mira. Me levanto para cederle el asiento. Sonríe y casi de inmediato le devuelvo la sonrisa, haciéndola desaparecer en cuanto siento sus dedos rozar la piel desnuda de mi pierna al cruzarnos. Lo miro. Mantiene una sonrisa mientras me observa. Dejo de verlo. “Esta será la última vez”, me repito.

Al llegar a casa escucho a mis padres discutir. A juzgar por el olor, el alcohol hace a papá gritar más de lo normal.

Subo a mi habitación y comienzo a ordenarla, encerrada, con los audífonos puestos sin tener que usar un suéter amarrado a la cintura.

Al acabar, me siento en la cama y desde el celular abro Facebook. En la pantalla de inicio hay una noticia de la violación de una chica en un antro que fue asesinada tras el acto. En la caja de comentarios de la publicación uno de mis compañeros de clase me menciona: “¿Ya viste? Iba vestida como tú”. Se me revuelve el estómago y dejo el teléfono a un lado. Miro el reloj de la pared, dan las ocho, la hora de cenar.

En la cocina, mamá pone la mesa en silencio, mientras papá ve televisión en la sala. La marca roja alrededor del ojo de mamá me dice que las cosas se descontrolaron. Al preguntarle al respecto sólo me responde: “Ya se disculpó, no volverá a pasar”.

Después de la cena, abrazo a mamá lo más que puedo hasta que me manda a dormir. Al estar de regreso en mi cuarto, abro el cajón debajo de mi cama y saco la carta que por tanto tiempo había guardado. La dejo sobre la lámpara de noche. Tomo un cinturón del clóset y lo pongo alrededor de mi cuello. Si no lo hago yo, alguien más lo hará.



## AÚN RECUERDO TODO

María José Moreno Flores

¿Quieres saber cómo llegué aquí?, me pregunto lo mismo. Tenía 17, lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Mi primera vez en un club, esa sensación de libertad, de tener el permiso de mis padres. No pensaba en nada más que en pasar un buen rato con mis amigas.

Fuimos a un antro, no el mejor lugar, pero para mis ojos sí lo era, lucía seguro; además, en su primera vez, ¿quién se detiene a pensar?! No lo sé, pero al menos, yo no. Llegó la hora de entrar al antro. Yo llevaba mi mejor ropa, esa que tardé horas frente al ropero para elegir. Esa obsesión por quererme ver mayor, de manera que un par de tacones y un buen maquillaje echaran más años a la bolsa.

Al cruzar esa maravillosa puerta parecía que había entrado a un nuevo mundo en el cual yo era una estrella y, no sabía que al final, sí lo sería. Bailé como si mi vida dependiera de ello. No había querido beber nada, pero moría de sed, así que pedí un refresco, alcohol no, porque debía recordar todo de la mejor noche de mi vida. Vi un muchacho muy guapo, la verdad me distraje con él, pero honestamente, ¿quién no lo hubiera hecho? Pero yo no sabía que aquel apuesto joven no solo cambiaría mi noche, si no mi vida, mi futuro y mis sueños.

Le di un gran trago a mi refresco y me empecé a marear, mis amigas creyeron que fue por alcohol y decidieron dejarme sola, a mi suerte, aunque ni siquiera me podía valer por mí misma. Lo último que logré ver fue a ese apuesto joven. Al día siguiente desperté, me sentía diferente, como si fuera alguien más, ¡algo me había pasado!, ¡ya no tenía mi cuerpo!, ¡ya no era mío y nunca más lo sería!, ya que yo estaba fuera de él. Pude verme y apreciarme por última vez. Mi cuerpo apenas se distinguía, ya que había sido violado y mutilado. Quién diría que realmente un hombre apuesto me cambiaría la vida para siempre.

¡Ese joven de ojos cafés y barba bien definida fue mi asesino!

¿Quién iba a pensar que una salida ingenua con mis amigas terminaría con mi vida y la de mis padres?!, ¡quién iba a pensar que la sociedad terminaría hablando de mí, pero no de mi muerte, sino de absurdas señalizaciones!

Nunca se castigó a nadie, es más, me culparon de todo: mi forma de vestir y de maquillarme, mi manera de bailar. Además, los medios se encargaron de atormentar a mi madre con absurdas acusaciones sobre su maternidad. Dijeron que fue mi culpa, del lugar y de la hora donde estuve y cómo olvidar el abuso del alcohol. ¡Y cómo decirles que es una mentira si ya no tengo voz!,



¡Si me la acabé toda a la hora que mi asesino me tocaba sin piedad, mientras las piernas me temblaban, mientras su sudor llenaba mi cuerpo y yo sólo lloraba, suplicaba que me dejara!, hasta que ya no sentí nada. Dejé que ese tormento acabara.

¡Les puedo decir que es mentira y no me creerán!... lo sé.

Lo único que puedo decir es que:

Aún recuerdo todo.

## LA ÚLTIMA VEZ

Ana Ximena Badiola Sobrado

— Podrías preparar espagueti hoy,- dijo él, mirando la bronceada piel de su acompañante, su cabello oscuro amarrado en una coleta alta, quien jugaba con las largas mangas de la playera que cubrían casi por completo sus manos. A pesar de esto, él siempre le pedía que la usara.

— O podríamos mejor salir a almorzar. — Él frunció el ceño, las pobladas cejas hacían ver su gesto agresivo y sus ojos verdes acentuaban la dureza. Se cruzó de brazos.

— Sólo era una sugerencia. — Ella no despegó la mirada de la ventana, podía ver un par de edificios y las calles debajo de su departamento. Después de unos momentos de silencio, miró la carta que escribía para continuarla. Seguramente llevaba más de media hora reescribiéndola. Él no entendía si era porque la letra cursiva tan femenina y linda que hacía era tardada de hacer, o porque en realidad no quería llenar ese trozo de papel con lo que fuera que lo estuviera llenando.

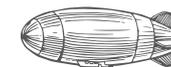
— Creo que me gustas mucho. — Se sentó frente a ella para que lo mirara, sin embargo, dejó sus ojos cafés fijos sobre la carta.

— ¿Ah sí? — Podía sonar a un tono sarcástico, aunque también podía ser que no le prestó atención al estar concentrada en el sobre y escribir en él con suma delicadeza.

— Sí... — dijo él. Ella dobló la carta, la metió con delicadeza en el sobre azul claro que tenía al lado y lamió la esquina de este para sellarlo. Él miraba atentamente lo que hacía mientras golpeaba con su dedo índice, una y otra vez, la mesa de madera entre ellos. Su pequeño apartamento, de tan sólo dos habitaciones y paredes verdes, se sentía aún más solitario de lo normal. Las dos ventanas que había en la sala dejaban entrar poca luz, por lo que el cuarto se veía oscuro, y el cielo nublado de aquel día no ayudaba. Se sentía un ambiente cortante. Lo único que se escuchaba era al gato maullar en busca de cariño y las respiraciones de las dos personas que vivían ahí; las dos personas que estaban hartos uno del otro desde hacía mucho.

— ¿Vas a salir otra vez? ¿Vas a volver a pretender con los vecinos que tienes todas las ilusiones y esperanzas conmigo? Cynthia me dijo que te vio las últimas tres veces. — Surgió un tono seco y frío en la voz de ella.

Era la segunda vez que ese tema salía en su conversación. Él siempre andaba en las calles de la cuadra de paredes coloridas y animadas, de gente que siempre saludaba y de los mismos coches rojos que le gustaba ver. La casa era el lugar de ella: el olor a canela y vainilla de la cocina que siempre



desprendía; cuartos vacíos y quejidos del gato o de ella.

— Tú dijiste que volviéramos a ser sólo amigos.

— Lo sé, por eso deberías dejarme salir de esta casa o usar la ropa que yo quiero. Ya ni siquiera eres mi pareja como para decirme qué usar o cómo lucir.

— Lo haría si supieras defenderte. —Los moretones que había por todo el cuerpo de ella ahora atraían toda la atención. Un moretón en su ojo que le hacía estar entrecerrado, otro en su abdomen y otros tres en sus piernas que le provocaban sentarse con dificultad y no poder moverse desde hacía una semana, además de algunos rasguños en sus manos.

— Ni me duelen tanto.

— Lo sé, sólo estás exagerando en lo que haces. Mira, estira las manos. —Ella lo hizo.

—¿Lo ves? Estás bien. Ahora escribe más rápido. — Acto seguido él se levantó y fue a la cocina. Todos los muebles estaban más que impecables, no había ni una mancha en ellos y todo estaba perfectamente ordenado. Lo único que había en la barra era la caja de pastel que llevaba ahí días. Era lo único que ella tenía prohibido tocar o mover, era la razón por la que él la perdonaba.

— ¿Te comiste la última rebanada? — Regresó azotando los pies con cada paso que daba, algo de lo que los vecinos siempre se quejaban. Ella escribía otra carta, la anterior estaba rota y dentro del bote de basura del cuarto, junto con muchas otras que había intentado escribir antes.

— No.

— Alicia, ¿te comiste la última maldita rebanada?

— No, José. Tú ayer comiste una cuando llegaste de tomar, seguramente era la última.

— No, recordaría si me hubiera comido la última.

—¡Pues no lo sé, José! Entiende de una buena vez que soy tu amiga, no tu nana. Sí, te ayudo en el quehacer de la casa, sí, te ayudo a limpiar, pero en verdad, ¡déjame salir! No soy tuya, tú no puedes decirme cómo vestir, dónde estar, si trabajar o no, ¡ni siquiera cómo rayos escribirle una carta a mi madre! —La voz de Alicia estaba rota, su voz era como un resorte que había sido estirado de más y se había roto de repente. Era una voz cansada, herida.

Era la última vez que se escucharía esa voz. Era la última vez que sentiría miedo. Era la última vez que le intentaría escribir una carta con letra temblorosa a su madre.

Era la última vez.

## VIOLENCIA

Jesús García Morales

Sales de tu trabajo a las 6:30 pm. El sol se está poniendo y no tardará en oscurecer por completo. Sabes que tu automóvil no sirve y no planeas arriesgarte a subir al camión, porque el miedo te invade. Te pones la mochila en los hombros y finges que todo está bien. Comienzas a caminar hacia tu casa. No sabes si es preferible, pero te llenas de valentía y caminas rápido con las manos en las bolsas de tu pantalón. El viento frío hace que tus ojos ardan y das rápidas miradas hacia atrás para asegurar que no haya alguien siguiéndote.

Sacas el teléfono y le mandas un mensaje a tu amiga, no es nada importante. Vuelves a guardar el celular y, sin darte cuenta, acabas de escribir tu último mensaje. Es después de eso que lo ves. No atrás de ti, sino a tu izquierda, al otro lado de la calle, recargado en una pared sin siquiera intentar esconderse. Te ve fijamente. Tus pasos son cada vez más rápidos y te vuelves consciente de que mientras más rápido caminas más ruido haces. Te aferras a la esperanza de que sea sólo tu imaginación, pero es justo ahí cuando te das cuenta de que no lo es. Aquella sombra cerca de ti se ha multiplicado y se mueve a la misma velocidad que tú. La mayoría de tu cuerpo pide que grites y corras, la otra te dice que mantengas la calma, y eso haces, aun cuando escuchas los pasos acercándose.

Aceptas lo que está pasando, ¡hay alguien detrás de ti! y lo más cercano es un restaurante cerrado sin coches estacionados afuera. Tu mente destrozada por el miedo te hace que corras y tus piernas te lanzan hacia adelante, dándote un aire de libertad, hasta el momento en que sientes algo en la cabeza. No sabes de dónde vino, o qué fue, o quién fue. Tu propio movimiento te impidió ver. De lo que estás segura es del suelo tocando tu cara. Vuelves a sentir un golpe, sólo que esta vez todo se vuelve negro. Lloras, pero ya no sabes si alguien escuche, ahora sí gritas hasta cansarte.



## ALGO EMANANDO DE MÍ

Santiago Lino Maldonado

**D**eben ser pasadas las once. Debería regresar a casa, siento algo emanando de mí... ¿Qué fue lo que hice hoy?

Me levanté temprano como siempre. El día se sentía pesado y grisáceo, demasiado nublado para la hora y la estación. Casi ni un rayo de luz lograba llegar al suelo.

Con la televisión y la radio no era distinto. En ambas sólo se hablaba de la atrocidad que cometen algunas personas. En la televisión, reportajes de tiroteos y asesinatos, pero ya no los llaman así, les pusieron otro nombre para que llamen la atención. Y en la radio, sólo había personas que hablaban de lo hartas que están de la situación. Lo que no entiendo es por qué simplemente no lo ignoran, y así ya no sucedería nada. Apagué ambas y terminé de alistarme para salir a trabajar. Frente a mi edificio hay una tienda manejada por una viejita bastante dulce. Tras venderme un vaso de café, siempre me cuenta sobre algo que le ocurrió. Esta vez estaba bastante distraído y no escuché lo que me dijo, pues mi camión tardó más de lo normal en llegar, aunque recuerdo haber oído algo sobre su hija y un desfile al que asistiría...

El trabajo fue lo mismo de todos los días: sacar copias, luego distribuirlas y guardarlas en carpetas. Escribir cartas o redactar informes. Lo más entretenido, pero igual molesto, fueron unos compañeros que se la pasan jugando y platicando con una chica que también trabaja ahí. Esta vez noté la cara de incomodidad en ella, tal vez incluso de frustración. Pero si tiene algún problema, siempre puede hablarlo con recursos humanos o el jefe. No tengo por qué meterme.

El camino a casa, desde el trabajo, tampoco tuvo mayor emoción. El paisaje seguía apagado y turbio, como si fuese una imagen o una película muda antigua en blanco y negro que se repite una y otra vez sin ofrecer algo nuevo o excitante al espectador. Ante tal secuencia tan aburrida sólo pensaba en llegar a mi sillón y comer algo frente al televisor. A punto de oscurecer, los camiones van demasiado llenos. Algunas veces voy sentado y bajo la cabeza para que no me molesten, pero hoy quise tener un gesto amigable y cedí mi lugar a alguien. Pero no iba a seguir parado, así que me bajé del autobús y continué hasta casa.

Los últimos rayos de sol cubrían el cielo ahora anaranjado, y a unas pocas calles de mi casa escuché un ruido extraño. Sigo caminando como si nada, pero aparecen pasos que van haciendo eco. Acelero mis zancadas y me copian. No quiero mirar hacia atrás, mi casa ya está cerca. De repente, siento

una fría punzada en la espalda, caigo al suelo helado mientras este comienza a humedecerse.

La figura se revela. Es un hombre. Se me acerca y, mientras estoy inmóvil, comienza a registrar mis bolsillos y, antes de que termine, solo puedo decir una palabra "no". Se detiene por un momento y levanta la vista, lo veo directamente a los ojos. Su mirada no mejora las cosas. Aumenta mi terror ante sus cuencas vacías de toda emoción. Intento que se apiade de mí, pero no se detiene. Solo sonrío mientras acerca su navaja a mi cara. Suelta una leve carcajada y se levanta.

Se ha marchado y, al otro lado de la acera, veo gente todavía caminando. Intento llamar su atención, pero ya no puedo gritar. Menos que un susurro sale de mi boca "¡ayuda!". Algunos giran la cabeza. Con otros consigo hacer contacto visual, pero dan media vuelta. Nadie llega.

Deben ser pasadas las once. Debería regresar a casa. Siento algo emanando de mí que se derrama en la banqueta y llega hasta la alcantarilla. No sólo es mi sangre, sino también mi esperanza.



## MONÓLOGO

Anyanzi Olguín Patiño

Siento la mañana inundando mi habitación. Los rayos de luz se cuelan a través de mis persianas llenándome de falsa esperanza. No tengo nada a lo que aferrarme, ya no. Solía creer que todo podría cesar, que un día se cansaría y me dejaría; que podría empezar de nuevo en algún lugar muy lejos de esta ciudad, pero, con el paso de los años, comprendí cuán equivocada estaba.

Las mañanas solían ser todas iguales. Despertaba antes que él para poder tener todo listo y evitar su enojo. Solía bajar la cara siempre que se me acercaba mucho. Pensaba en alguna razón por la que pudiera hacer todas esas cosas y siempre llegaba a la misma conclusión: él estaba enfermo, enfermo de poder. Encontraba fascinante destruir a una persona. Porque las marcas en la piel no son nada a lado de lo que él nos hizo.

Con las otras no había funcionado, pero había sido culpa de ellas, por eso yo me esforzaba. Hubo muchas antes de mí, pero ellas no lo entendían, ellas creían que era malo, pero no tenían idea de lo que era estar sometida por un psicópata y yo lo había estado desde que tengo memoria.

No recuerdo la última vez que vi a mis padres, ya había pasado mucho tiempo, aunque no sé cuánto en realidad. No había calendarios en la casa, ni televisión y menos una computadora. Me había pedido mi celular hacía mucho y se lo había entregado sin dudar. No quería que nos hiciera daño y aun así lo hizo. Es por eso que, ahora que soy solo yo, ya no tengo una razón para huir, ni siquiera para vivir, si es que esto se puede llamar así.

Ya no tenía amigas, pues no salía de la casa. A decir verdad, tampoco había visto a nuestra vecina hacía mucho. Era una señora entrometida. Estaba convencida de que yo sufría, de que era una víctima, pero ni siquiera imaginaba lo que ocurría tras la puerta. Hacía mucho que no sabía nada de mis amigas, ya no quería volver a verlas, era mejor así.

Me siento en la sala a esperarlo. No sé en cuánto tiempo abrirá la puerta, pero quiero estar lista. Hoy he preparado mi postre favorito. Espero que le guste, aunque ya no me importa. Mi único deseo es dejar esto, no importa si mi cuerpo ya no me acompaña. Entra y le sonrío, una sonrisa tensa, forzada y temerosa -le encanta-; le fascina saber que le tengo miedo. Pero él no me observa, sólo deja sus cosas y se sienta. Sirvo la cena y luego el postre. Lo ve detenidamente, toma la cuchara y comienza a picar el flan hasta que se detiene y me mira, siento que mi cuerpo se quema, en sus ojos solo veo ira

y sé lo que viene. Sujeta la mesa y la avienta contra la pared. ¡Comienza a gritar!, trato de bloquear mi mente, pero no puedo.

Quiero desconectarme, necesito liberar mi mente. Es como un parásito. Si lo dejo entrar va a desgarrarme como el monstruo que es, como el que estaba bajo mi cama al que temí por años, como aquel en mi armario, como aquel a quien llamé padre, como aquel que entró a mi habitación por años y me hizo callar.

De repente grita una sarta de incongruencias. Luce como el lobo feroz que se abalanza sobre mí, sobre mi garganta. Sus gritos se vuelven claros. Me acusa de intentar envenenarlo con la nuez en el flan, pero yo no lo hice a propósito, no sabía que era alérgico; porque de haberlo sabido, este monstruo no me habría atormentado más. Se acerca a mí y yo sigo en la misma posición como un niño pequeño que busca reconfortarse en su madre, como un niño asustado, y eso es justo lo que soy. Quiero llorar, pero no puedo. Las lágrimas no brotan. En vez de eso me hago un ovillo, cubro mi cabeza con mis brazos. Pero alcanza un mechón, se aferra a mi cabello con una mano y tira con fuerza. Mis cabellos se deslizan por sus dedos como la sangre lo hace por mi cráneo. Intento ponerme en pie, pero me arrastra. Siento las baldosas frías bajo mi espalda. Escucho un golpe, pero no entiendo qué pasa. No veo con claridad, mis sentidos están mal, yo estoy mal. Escucho otro golpe, son golpes sordos, pero no siento nada, no entiendo qué pasa. Estoy cansada. No puedo mantener los ojos abiertos, así que sólo me dejo llevar y creo saber a dónde me lleva. Ya no tengo miedo. Saboreo la libertad y sabe a metal.

PREPA  
**IBERO**  
PUEBLA

